

La cultura del encuentro: el valor de las personas

Palabra de Dios



Se le acerca un leproso, suplicándole de rodillas: "Si quieres, puedes limpiarme". Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: "Quiero: queda limpio". La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: "No se lo digas a

nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio". Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Mc 1,40-45

Comentario

(Adaptado de la web Grupos de Jesús, Tema 18).

El leproso tenía que vivir fuera de la ciudad y tenía que gritar que era leproso. Era una condición que le venía dada por el pecado de sus antepasados.

"Si quieres, puedes limpiarme". Esta súplica podría encerrar algo más de lo que expresan las palabras. No le pide que le sane, sino que le cure de su enfermedad. Que le libre de todos sus pecados, que son causantes de que esté en esta situación (según le había hecho creer su religión). Le pide que le limpie, quiere volver a ser persona, vivir con sus familiares y amigos, quiere obtener la gracia de ser uno más en la sociedad y vivir como uno más, sin ningún tipo de estigma o marginación. También denota una actitud de humildad, de reconocerse, de dejarse ayudar.

Me encanta cómo se lo pide: "Si quieres, puedes". Con mucha cercanía, confianza, respeto y complicidad a la vez. Y la respuesta, casi automática "Quiero", como diciendo "¿Cómo piensas que no voy a querer tu vida, tu salud, tu felicidad...?".

Jesús no se lo piensa dos veces. No le importa tocar y convertirse en impuro si los otros descubren en Él el amor de Dios, su misericordia y compasión. Me pregunto por qué a veces nos quedamos dando vueltas, ritualizando, institucionalizando tanto nuestra espiritualidad... Intento ver lo que Jesús nos quiere transmitir con ese gesto: su humanidad. Seguramente nos está invitando a proceder de la misma manera, ¿no crees?

■ Jesús sabe que no es suficiente con decirle: *“Quiero, quedas limpio”*. Tampoco necesita decirle que sus pecados quedan perdonados. Empezó por tocarlo, saltándose también él la ley para mostrarle que las impurezas las creamos nosotr@s y que nosotr@s somos los que decidimos qué nos aparta y qué nos acerca.

■ Extendió su brazo como signo de acogida en esa sociedad que lo ha excluido y tiene que tocarlo para que sepa que no es impuro ante Dios ni ante nadie. ¿Qué sentiría aquel despreciado hombre cuando sintió posarse sobre él tu mano? ¡Aquel toque amoroso lo debió derretir de la emoción!

■ Después lo “limpió”. Pero esa limpieza, al estilo de Jesús, iba más allá de las llagas; era integral y liberadora, de cuerpo y espíritu. La curación es para Él la limpieza, ser persona, en una sociedad de personas. Jesús construye sobre la debilidad. No la obvia, trabaja sobre ella.

■ El contacto y palabra de Jesús llega al enfermo, expulsado y marginado por la sociedad sagrada, pero su mensaje llega todavía con más fuerza a la sociedad que le condena: Jesús no expulsa ni rechaza a los leprosos. Él escucha la necesidad del enfermo y le acoge, ofreciéndole su toque y palabra sanadora.

■ Nosotros también podemos producir el milagro de incluir a los marginados, por cualquier causa. Cada excluido del sistema, del aprecio de los demás, del respeto y de su dignidad son voces que nos dicen: *“Si quieres, puedes limpiarme”*.

■ Tu toque, tu palmada en el hombro hizo reingresar al leproso al mundo de los vivientes. Era necesario tu contacto. Hazlo conmigo Jesús. Hazlo. Sentir que me tocas volverá trizas mis miedos. Has que sienta tu mano tocándome.

Para la reflexión personal

■ ¿Qué es discriminar? ¿Me doy cuenta de que tengo en mi modo de ver la realidad rastros de racismo, de clasismo y hasta de sexismo? ¡Qué horror! Cuánto por convertir, por dejar iluminar por el Señor, por transformar en clave de construcción del reino de Dios... ¿Siento que algo más tengo que hacer?

■ Para hablar de conversión tengo que tensionar más esta idea, dejarme interpelar más. Si no voy a lo profundo de la cuestión, me siento hipócrita. Tenemos que tratar de pensar como Jesús, que a pesar de tenerlo todo en contra, confiaba en la voluntad de Dios y lo hizo hasta el final. Porque el también fue un descartado, un líder descartado.

■ Jesús, ¿cómo puedo sentir la compasión que desplegaste con aquel leproso? ¿Cómo puedo tocarlos, abrazarlos, ir hacia ellos? De algunos siento temor a ser agredido y de otros siento aversión por su desaseo. Jesús me falta tu coraje. Tú no temiste ser contagiado, ser criticado como transgresor de la ley. Los marginados, los humillados, los ignorados son incontables hoy en día...

Video

(Papa Francisco, Homilía, 1 de junio de 2015, 5 minutos).



<https://www.youtube.com/watch?v=5sKl2f9qfZM>

Oración

Jesús, tú conoces mis carencias, mis despistes y mis prisas, que a veces me impiden ver la real necesidad de la persona que se cruza en mi camino.

Ayúdame a detenerme cuando alguien necesite de mí, a mirarlo como tú nos miras, a abrazarlo como tú nos abrazas y a comprenderlo como tú nos comprendes.

Señor, te pido que nos ayudes a construir tu Reino en esto que nos pasa como humanos.

Ayúdanos a hacer vida en nuestra forma de actuar, de pensar, de sentir esa gratuidad total de mirar el dolor ajeno y actuar.

Danos la creatividad que no tenemos para convertir la indignación que nos provoca lo injusto en repuestas bien rápidas y concretas como la que diste al leproso: Sí, quiero. Cambia nuestros criterios que solo buscan justificarnos.

Abre nuestra mirada sobre la realidad para buscar respuestas nuevas a estos problemas de siempre.

Amén.

